

A partir de la entrevista realizada por el narrador a una anciana pareja de mapuches sobrevivientes de la matanza de **Ranquil (1934)**

## **ENSAYOS: NOVELAR Y REVELAR LA HISTORIA, POR FERNANDO MORENO, UNIVERSIDAD DE POITIERS**

Es sabido que las tensiones que agitan la esfera política de un determinado espacio y que contaminan o fracturan la vida social como sus procesos de representación simbólica pueden manifestarse, con mayor o menos énfasis, tanto en la elección de determinadas vías genéricas y escriturales como en las transformaciones y/o modificaciones que pueden experimentar los discursos literarios. A este fenómeno nos referiremos aquí someramente, centrándonos sobre todo en algunas de las manifestaciones del trabajo de ficcionalización de la historia operado en la narrativa chilena de las últimas décadas.

Es indudable que, en cuanto respuesta posible a las coerciones del mundo desde donde emerge, la novela chilena contemporánea aparece marcada por la presencia y el sello de un referente histórico ineludible. El golpe de estado de 1973 y la dictadura instaurada a partir de entonces provocaron, aunque no sólo en el campo de la narrativa, una remoción genérica que implicó la búsqueda de estructuras discursivas que dieran cuenta de aquella realidad, que permitieran, por un lado, articular opciones y conocimientos, desarticular órdenes y jerarquías impuestos por el régimen autoritario, por otro. En un primer momento, la literatura se vuelca hacia el testimonio, asume una función de denuncia, de corrección, de resistencia. Posteriormente, e iniciado el llamado período de la transición, un importante sector la narrativa chilena continúa indagando en la Historia, rescatando el pasado, destacando el presente. En este contexto, discurso sobre la historia inmediata y discurso imaginario configuran un espacio intergenérico que se fundamenta en un proceso de recíproca interdependencia.

Septiembre de 1973 marca entonces la escisión entre un antes y un después. También origina una suerte de división espacial, pues de ahí en adelante, y durante casi veinte años, se distingue a los escritores que optaron o se vieron obligados a abandonar el país de los que permanecieron en el territorio y que, a pesar de las dificultades de distinta índole, continuaron desarrollando el trabajo literario. En ciertos casos, la literatura producida en Chile experimenta una reducción temática notable: ya sea por decisión personal o por las coerciones ejercidas por la censura, la narrativa del "interior" evacúa la representación de la experiencia político-social para adentrarse en el análisis de mundos cerrados, desconectados del entorno vital, prefiriéndose las evocaciones líricas y los núcleos intimistas cuyo asidero real está constituido por el propio quehacer de la escritura. Entre las más destacadas de este primer período y de esta línea narrativa pueden citarse *Ventana al Sur* (1974) de Enrique Valdés y *El picadero* (1975), de Adolfo Couve.

Diferente es, claro está, la otra línea narrativa. Aquella que, por lo general, escrita en el exilio —aunque existen destacadísimas excepciones— se vuelve hacia los trágicos acontecimientos de septiembre de 1973, hacia su contexto, sus causas, sus consecuencias. En un primer momento entonces, se trata de reaccionar, de

apropiarse, de hurgar, de explicar, explicarse y exteriorizar algunos elementos claves para la comprensión de ese trágico capítulo de la historia chilena. Es la perspectiva adoptada por ciertas obras publicadas en esa década de los 70, entre las cuales cabe citar, por ejemplo, *Soñé que la nieve ardía*, de Antonio Skármeta (1975), *El paso de los gansos* (1975) y *Coral de guerra* (1979), de Fernando Alegria. En este lugar sagrado de Poli Délano (1977). *Los convidados de piedra* de Jorge Edwards (1978), la alegórica *Casa de campo* de José Donoso (1978) y *La guerra interna*, de Volodia Teitelboim (1980).

En la década siguiente son publicadas en el extranjero dos novelas "del exilio": *El jardín de al lado* de José Donoso (1981) y *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende (1982), con la que comienza la carrera y el renombre internacionales de esta escritora. En Chile, gran parte de los discursos que ficcionalizan la historia procede por medio de una estrategia de ocultación, a veces apenas velada, en la que incluso los motivos y contenidos figuradores del ámbito de la interioridad son activados y rearticulados por una contextualidad que les confiere vigor y fuerza subversivos, como por ejemplo en *Lumpérica*, de Diamela Eltit (1983). El referente histórico, siempre presente, se vislumbra y se desarrolla indirectamente: se invierte, se elude, se interioriza, se desliza hacia otros niveles, como el del mito y la maravilla (*Martes tristes* de Francisco Rivas, 1987). Se ofrecen aspectos de una historia problemática, se ponen al desnudo los rostros ocultos del tirano (*Un día con su excelencia*, de Fernando Jerez, 1986), se cuestionan y se desmitifican paródicamente los esquemas de nuevos comportamientos sociales (*Cátedras paralelas* de Andrés Gallardo, 1985). La novela deviene también el espacio de la historia hipotética, de la historia deseada, de una historia de sustitución. Es lo que sucede en la novela de Francisco Rivas, *Todos los días un circo*, publicada a fines de los ochenta (1988), última parte de una trilogía constituida además por *El informe Mancini* (1982) y *Los mapas secretos de América Latina* (1984). En la obra mencionada, en medio de una situación política incierta, de una guerra civil que asola el país dominado por un anónimo dictador, cuyo régimen es combatido por dos fuerzas —el consejo insurreccional de Antofagasta y las guerrillas dirigidas por el vendedor de globos terráqueos— el narrador principal inicia una etapa de aprendizaje en ese espacio a la vez marginal y de refugio, microcosmos figurativo del propio texto, de un texto cuyo discurso despliega, a partir de una fuerte dosis de intertextualidad pluralizada, distintos niveles alegóricos y simbólicos.

Iniciado el llamado período de la transición, un importante sector la narrativa chilena continua indagando en la Historia, rescatando el pasado, destacando el presente. Es tarea sumamente difícil intentar dar cuenta, de modo sintético y más o menos sistemático, de las distintas modalidades, variantes, y concreciones adoptada por aquellos discursos narrativos cuyos contenidos diegéticos indagan e informan sobre sucesos y personajes de la historia chilena. Operación tanto más delicada si se toma en cuenta la revitalización significativa experimentada por las letras chilenas durante la década de los noventa.

En líneas generales, puede constatarse que, al menos ya parcialmente liberada de las coerciones impuestas por el contexto y el sistema políticos, los relatos que tematizan la historia proponen una asunción renovadora de la construcción novelesca, ya esbozada en los años anteriores, la cual se inscribe, a su vez, en ese vasto movimiento de resemantización de la Historia que se manifiesta en las letras continentales.

La ficcionalización del discurso historiográfico aparece en gran medida como un movimiento que revela y descubre el pasado desde nuevas perspectivas,

relativizando las bases tradicionales, buscando claves que iluminen el propio presente. Apropiándose de la Historia silenciada, impugnando la historia oficial, inventando la historia, los textos contemporáneos postulan una narratividad cuestionadora que se sitúa por encima del conformismo de las verdades absolutas. De modo que la tematización de la Historia ya no se concreta tan sólo a partir de una simple opción de verosimilitud y de estricta o fiel representación de un determinado segmento de la realidad. Junto con este intento de exponer aquello que ha sido deformado u ocultado por la historia, en algunos casos la novela actual propone esta ficcionalización insistiendo en el reconocimiento de que la veracidad de la materia discursiva es una función de su propia actividad lingüística y compositiva, desde la certeza de que la literatura es actividad constituyente de significado y no mera actividad que significa, que la literatura es texto contingente y alusivo, invocador y configurador de la interdiscursividad dentro de la cual se inserta como opción y recurso posible y no como palabra inmutable o discurso consagrado.

Teniendo en cuenta lo recién señalado, podríamos intentar una primera aproximación al fenómeno de la tematización de la historia en la narrativa chilena actual, de acuerdo con aquel criterio —que no es evidentemente el único— que consiste en tomar en consideración la distancia temporal que se verifica entre la época del referente y el momento en el que se procede a su textualización. Desde esta perspectiva se verifica la existencia de tres grandes derroteros. Por una parte, los textos se vuelcan hacia el pasado inmediato, hacia la dictadura, su "escuela" y sus secuelas; por otra, hacia un pasado más o menos lejano, hacia períodos fundacionales o significativos de la historia chilena. Finalmente, hay textos que engarzan presente y pretérito, restableciendo vínculos y desplegando significaciones que señalan y establecen las posibles lecciones de la historia y advierten sobre la necesidad de recurrir al recorrido para hacer o rehacer el camino.

Los ejemplos del primer tipo de novela, en el cual existe una breve o mínima distancia entre ambos polos y que canaliza estéticamente las reacciones ante una situación temporalmente próxima —textos catárticos— son innumerables. Ya sea como referencia fragmentada o como referente consustancial, este presente inunda las páginas de estas novelas "de proximidad", y sobre todo de aquellas narraciones que adoptan, en mayor o en menor grado, la estructura del género policial, como por ejemplo, *La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile* de Marco Antonio de la Parra (1990), *Diez noches de conjura* (1990) de Francisco Rivas, *Nadie sabe más que los muertos* (1993), *Quien mató a Cristian Kusterman* de Roberto Ampuero (1993), *La ciudad anterior*, de Gonzalo Contreras (1991), *El espejo de tres caras* de José Román (1996).

Sin duda el escritor más representativo en esta serie narrativa es Ramón Díaz Eterovic, quien ha logrado conceder las letras de nobleza a la novela policial escrita en el país y ha convertido a su protagonista, el detective privado Heredia, en un destacado representante de la galería prototípica de los héroes —o antihéroes— de este tipo de relatos. Las obras de Díaz Eterovic, conjugan un singular apego a los códigos de la novela policial y un afán de memoria y de testimonio de ese contexto político y social específico. En las encuestas de Heredia quedan registradas no sólo la nostalgia y la rememoración de un tiempo que no se quiere dar por perdido, el resquebrajamiento de sueños, las transformaciones de los espacios, sino también la representación y la interpretación de oscuros sucesos de la historia chilena reciente. Así, y echando un rápido vistazo a las líneas argumentales de sus novelas, se puede constatar que en *La ciudad está Triste* (1987), Heredia se lanza en la búsqueda de los desaparecidos, explorando los laberintos infernales de un régimen de oprobio;

en Solo en la Oscuridad (1992) investiga el asesinato de una azafata involucrada involuntariamente en el tráfico de drogas; en Nadie sabe más que los Muertos (1993) encuesta sobre el paradero del hijo de una detenida desaparecida durante la dictadura que ha sido adoptado por un militar torturador; en Angeles y solitarios (1995) se adentra en los intrincados laberintos del negocio de tráfico de armas; en Nunca enamores a un forastero (1999) se encuentra inmerso en el mundo de la corrupción política, y de las siniestras figuras de un pasado que siguen actuando al amparo de las sombras del período de la "transición democrática". En Los Siete Hijos de Simenon (2000) el detective realiza una pesquisa que lo va a conducir al centro de un conflicto de tinte ecológico donde se cruzan no sólo soborno y corrupción, sino también intereses políticos y financieros, enjuiciándose así la política de deterioro ambiental y el liberalismo salvaje. Otras lacras de una sociedad que ha optado por el olvido de un pasado ignominioso y por el desarrollismo y las operaciones lucrativas se ponen en evidencia en El ojo del alma (2001) y en El hombre que pregunta (2002).

Los discursos literarios de recrean realidades políticas, sociales y familiares donde priman desarraigo e incertidumbre. En esta óptica también pueden destacarse, aunque la temática y el tratamiento sean evidentemente disímiles, el texto Fernando Jerez, Temprano despunta el día (1993), los relatos incluidos en el volumen El palacio de la Risa (1995) de Germán Marín, las novelas Tiempo que ladra (1994) y A tango abierto (1996) de Ana María del Río. También las obras de Alejandra Rojas, Damiela Eltit, Sonia González, Guadalupe Santa Cruz, Alejandra Costamagna, Carlos Franz, Alberto Fuguet, Hernán Rivera Letelier, Pedro Lemebel (Tengo miedo torero, 2001), entre tantos otros. Sin olvidar por cierto, la singular Carta abierta a Pinochet (1998) de Marco Antonio de la Parra, cuyo subtítulo constituye un paradigma de una de las problemáticas que preocupa fundamentalmente a este tipo de narraciones: "Monólogo de la clase media chilena con su padre". Otras producciones, realizadas por escritores exiliados, abundan en la temática político-social. Entre ellos cabe recordar algunos conocidos textos de Isabel Allende (De amor y de sombra), José Donoso (La desesperanza), Ariel Dorfmann, (La muerte de la doncella, Viudas). También desde el extranjero viene desarrollando y consolidando una deslumbrante y singular obra el escritor Roberto Bolaño, autor, entre otros títulos, de Literatura nazi en América (1996), Estrella distante (1996), Nocturno de Chile (2000), en los cuales la historia cultural y la historia social emergen a través del espejo distorsionante de la fabulación, de la impostura y del ejercicio deformante del poder de la palabra y de la escritura.

En el segundo tipo de novela se verifica una distancia considerable entre el tiempo del referente histórico y el momento en que verifica su tematización. El peso del contenido histórico "tradicional" resulta acentuado, hasta el punto que se puede hablar incluso en ciertos casos de novela "arquelógica". En estos textos puede primar una intención didáctica puesto que la revisión documentada de la Historia permite presentar ángulos inéditos de ella, como por ejemplo, la visión de los vencidos, tal como sucede en La invasión a un mundo antiguo (1991) de Rosa Miquel, que refiere el enfrentamiento entre conquistadores e indígenas durante la guerra de Arauco. Mientras que la guerra de conquista "republicana" de los territorios mapuches es narrada desde una perspectiva eminentemente irónica, poniendo en evidencia el proceso de distorsión que caracteriza la escritura de la Historia oficial, en Casas en el agua (1997) de Guido Eytel. Por su parte, en Coplas de sangre (1998), Rodrigo Atria traza una significativa imagen del Santiago de las primeras décadas del siglo XVII, por medio de la presentación de los conflictos e intrigas en las que se ve envuelto un escribano, expresando así un mundo de

opresión, amor, miedo y venganza, pero también de una tenaz resistencia asociada con el valor de la palabra y la escritura.

También este tipo de novela, al tiempo que revive y reactualiza personajes y acontecimientos pertenecientes al pasado, puede insistir o poner en evidencia problemas vinculados con el ámbito de los comportamientos culturales y de la configuración de signos identitarios. Así, por ejemplo, el texto de Jorge Guzmán, *Ay mamá Inés* (1993), concretado discursivamente como crónica testimonial, y centrado en la historia de la expedición del conquistador de Chile, Pedro de Valdivia. En este relato, se procede a una revalorización de la compañera de Valdivia, Inés de Suárez a partir de la óptica del mestizaje y de la problemática del otro. Por su parte, en *Maldita yo entre las mujeres* (1991) Mercedes Valdivieso, plantea un nuevo enfoque de Catalina de los Ríos, la llamada Quintrala, desdibuja mito de la heroína maldita, impugnando el valor peyorativo concedido al personaje y reivindicando el mestizaje, el componente mapuche y el cuerpo materno como ejes identitarios. Al mismo personaje de la Quintrala dedica Gustavo Frías un enjundioso análisis novelesco en *Tres nombres para Catalina. Catrala* (2001). Siempre en esta categoría, cabe la posibilidad de considerar ciertos textos híbridos que se proponen rescatar personajes o acontecimientos olvidados o considerados unilateralmente por el discurso historiográfico que refiere el mito fundacional de la nación chilena. En *Carrera, el húsar desdichado* (1996) Carlos Monge presenta una visión internalizada de los últimos momentos de ese actor de la independencia, mientras que en *Déjame que te cuente* (1997) Juanita Gallardo reconstruye la historia de Rosario Puga y Vidaurre, la amante de Bernardo O'Higgins, el llamado padre de la patria.

El tercer tipo de novelas, es decir aquellas que establecen un puente entre el referente histórico y la contemporaneidad de la escritura, y que podríamos llamar novelas transitivas, se manifiesta por homología de situaciones históricas o por contaminación de situaciones enunciativas, experiencias y núcleos espacio-temporales.

El primer caso atañe, por ejemplo, a aquellas obras contemporáneas que tematizan la guerra Civil de 1891 —conocida también como la Contrarrevolución del 91— en la que se enfrentaron las fuerzas leales al presidente Balmaceda con ejército adicto al Congreso, y que fuera un conflicto que directa o indirectamente involucró a toda la sociedad de la época y que tuvo importantes consecuencias políticas, económicas e institucionales. En estos textos, referidos a 1891, escritos durante un período en el que el fin de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular y del presidente Salvador Allende sigue presente en la memoria de una colectividad, en mayor o menor grado, se perfilan, se dibujan y se superponen las coincidencias entre esta fractura social reciente con aquella crisis política de trágicas consecuencias.

Se constituye de esta manera un reducido pero significativo corpus de textos integrado por *De cómo fue el destierro de Lázaro Carvajal* (1988) de Walter Garib, el que, con ecos de realismo mágico, narra las aventuras y desventuras de un soldado balmacedista obligado a exiliarse en la zona sur del país; *El último clarín* (1991) de José Agustín Linares que nos propone a través de una estructura narrativa de la lectura de un diario de vida una pintura del ambiente y de los acontecimientos del año 91; *Balmaceda, Varón de una sola agua* (1991) de Virginia Vidal, en la que se cuenta la historia de los últimos meses de gobierno de Balmaceda desde la perspectiva de un imaginado secretario privado; *Balmaceda, sus últimos días* (1991), de Juanita Gallardo y Luis Vitale, en la que se narra, a modo de diario de vida, la tensa expectativa de Balmaceda y su suicidio; 1891: entre el fulgor y la

agonía (1991) de Juan Gabriel Araya, en la que los acontecimientos de la guerra civil son dispuestos y referidos por medio de una estructura que recuerda las más logradas intrigas románticas. La relación entre ambos tiempos históricos se acentúa en *El viaducto* (1994) de Darío Osses, donde el personaje central, un guionista sin mayores expectativas, toma a su cargo, durante el otoño de 1973, la realización de un melodrama cuyo telón de fondo lo constituye el período balmacedista. El protagonista, Maximiliano Molina, no sólo tiene que dedicarse a la escritura, sino que debe además convertirse en actor y asumir el papel del propio Balmaceda. A partir de ahí el relato fluye entre dos tiempos, reactualizándose un pasado en la vivencia y en la interpretación del director y de los personajes que actúan en la teleserie.

En el segundo caso de aproximación de polos temporales por contaminación enunciativa se encuentran, por ejemplo, los textos de Antonio Gil. Allí, el contenido referencial será siempre un pasado, pero un pasado erosionado por el anacronismo del comentario intertextual, por una exégesis que acerca el contenido de lo narrado al eje de la enunciación. Aunque centrados en la figura de Diego de Almagro (el "descubridor" de Chile) en *Hijo de Mí* (1992) o en la evocación de Alonso de Ercilla (el autor de "La Araucana", texto configurador de una imagen del territorio y de su gente) en *Mezquina Memoria* (1997), estos relatos mentan el referente de acuerdo con un discurso que se orienta hacia su propio mensaje, que produce efectos de espacialización de las acciones, de ensimismamiento y de recurrencias textuales autorreferenciales. También en ciertos casos el discurso literario acomete un proceso de desmitificación de la Historia a través de su ficcionalización. El texto se convierte en el ámbito de una conjunción de horizontes, se yergue como un espacio compartido por la creación poética y por la Historia. De modo que, paralelamente, se procede a la fabulación de las confabulaciones de la Historia y a la mitificación de ese espacio textual transformado en el lugar de la utopía. El ya citado Antonio Gil en *Cosa Mentale* (1994) procede a un doble movimiento, desmitificador y mitificante. Basada en algunas peripecias de la vida del pintor peruano Antonio Gil de Castro (retratista oficial de los próceres de la Independencia) el relato, que subvierte origen e identidad, parece recrear el aprendizaje y los avatares del mulato Gil. Esta narración pone en tela de juicio los mitos que ha canalizado la historiografía chilena oficial (el "prócer" O'Higgins, la llamada "chilenidad"). El carácter paródico de la narración desvaloriza la Historia la que, convertida en historieta, cuestiona los modos de representación de los discursos culturales.

Pero también el pasado se vuelve presente dando voz a los silencios de la Historia, recuperando el sentir de una colectividad, colectando el canto de los pueblos y de sus elementos vectores. En *La esfera media del aire* (1998) de Ana María del Río, la voz intermitente del portugués Almeida —personaje fuera del tiempo cronológico, cuya presencia se extiende desde el siglo XVI hasta nuestra década de los noventa— y su relación con Collasuri, la Tirana, una de las representaciones de la fuerza y de la memoria aymara, permite el despliegue poético de la cadena de la Historia de un pueblo, cuyos eslabones resisten las coerciones y las contradicciones de una sociedad que intenta modelarse según los esquemas del libremercado. También contiene rescate del olvido y fundación de utopías el proyecto concretado en las *Actas* (de Marusia, del Alto Bio Bio, de Muerteputa) de Patricio Manns. En *Memorial de la noche* (1998) Manns reelabora las *Actas del Alto Bío-Bío* (1984), sometiendo el texto genésico, a partir de una traslación metonímica, a un proceso de significativas modificaciones, sin alterar lo sustancial, mas bien confiriéndole mayor fuerza y consistencia. A partir de la entrevista realizada por el narrador a una anciana pareja de mapuches sobrevivientes de la matanza de Ranquil (1934), del recuerdo de la insurrección frente al despojo del que son objeto los indígenas, emergen y se

entrelazan todo un conjunto de voces y memorias, en particular la del cabecilla del levantamiento y jefe de la resistencia, lo que permite vislumbrar cuatro siglos de la historia de Chile desde la perspectiva de una epopeya de los olvidados, de la muerte y resurrección de los postergados, de los depositarios de una sabiduría que se impone por sobre la usurpación y la muerte. La nueva versión de las Actas del Alto Bío-Bío busca un nuevo equilibrio en el testimonio, en la formulación de los aspectos esenciales de la experiencia y del pensamiento de un pueblo, en los fundamentos simbólicos de los modos de estructuración de una realidad, que va cobrando forma a través de este ejercicio de reexploración y reconocimiento.

Presente, el Chile de hoy que sigue expoliando al pueblo araucano en aras de la modernización, del ultraliberalismo, y pasado, el territorio transformado en escenario de enfrentamientos de dos mundos, se unen también en Butamalón (1994), de Eduardo Labarca. El texto no es sólo el relato de los intentos de traducción al castellano de la versión inglesa de un estudio sobre la conquista de Chile y sobre "el gran malón" de 1601, esto es, la gran rebelión contra los conquistadores españoles encabezada por Pelantaro y en la que participan diversos pueblos mapuches. La novela es, además y sobre todo, una desacralización del discurso histórico institucional y unívoco, mediante un doble proceso de atenuación de los límites de la historia y de la ficción en el ámbito de un discurso narrativo intercultural. Esta empresa se concreta por medio de la actualización de la experiencia vital de Juan Barba, un sacerdote español que cae prisionero de los mapuches y que termina por abrazar la causa indígena. La textualización polifónica que nace en un primer momento de la doble temporalidad (siglo XX y siglo XVI) y que es al mismo tiempo doble enunciación del discurso, se caracteriza por la transdiscursividad, por una intertextualidad constante (Valdivia, Cabeza de Vaca, Pineda y Bascuñán, Las Casas, Sepúlveda, de Ovalle entre otros), construye y revela una escritura de renovación y rebeldía cuestionadora de sus propios orígenes por medio de una operación especular que pone en evidencia la hibridez no resuelta en la visión identitaria del mundo americano, su angustiante conflictividad, acentuando también la necesidad de plantearse e insistiendo en el compromiso de su asunción. De este modo, el protagonista de la historia del siglo XX, que se ha compenetrado con el padre Barba, que se ha convertido en su doble, cesa de actuar como mero traductor, espectador y transcriptor, para convertirse en actor de una escritura alucinada, de una lectura —y una traducción— todavía no formalizadas y en las que es preciso unir signos y sentidos para alcanzar aquellos significantes operatorios de una nueva percepción de la historia personal y colectiva y que condensa y concita deseo, memoria e imaginación.

Para terminar este sucinto panorama quisiéramos insistir en la extrema variedad y riqueza de esta novela chilena contemporánea que tematiza la historia. La mayor parte de los textos mencionados en esta reseña, aunque diferentes en sus realizaciones y en su relación con el referente, se instauran como espacio nemotécnico, como ámbito de salvaguarda de experiencias, campo del recuerdo, centro de recreación fabulosa y fabuladora. Ellos centran su eje discursivo en la memoria y en la escritura, en la escritura de la memoria y en la memoria de escrituras, se postulan como nuevas versiones o como versiones alternativas y complementarias de la Historia conocida. Es lo que desde una perspectiva paródica postula, por ejemplo, la novela Mapocho (2002), de Nona Fernández.

Esa historia, la pasada y la reciente, la que renace cada día y cada noche se encuentra en el Mapocho, en los muertos que el río ha acogido. Ese río de mierda que está siempre recordando que ha corrido no sólo mucha agua, sino también mucha sangre, aunque muchos quieran olvidarlo. El Mapocho, que estaba allí

desde antes de la llegada de los españoles, ha sido y es el testigo de trazos significativos de la Historia, de los sucesos colectivos que han marcado la sociedad, desde la fundación de la ciudad hasta el golpe de estado de 1973, pasando por la construcción y destrucción de sus puentes y las viles guerras civiles. También es y ha sido testigo de las vidas individuales, de sus anhelos y esperanzas, de sus furias y dolores, de sus mitos y de sus sueños y decepciones. En definitiva, todo ha quedado archivado en el río, y han pasado por sus aguas muertos de todo tipo, accidentados, suicidas y asesinados. Pero los muertos viven, dice la novela, y viven en el Mapocho para recordar y recordarnos lo que muchos quisieran olvidar. Ciertos episodios paradigmáticos son propuestos en versiones que contradicen lo que siempre se ha dicho o conocido, en versiones que podrían ser consideradas como escandalosas, arbitrarias o absurdas, pero con las cuales no se busca proponer una "nueva", esta vez desestabilizante o inquietante verdad, sino insinuar la necesidad de poner en tela de juicio las imágenes consabidas y repetidas que no inquietan a nadie y que continúan alimentando el marasmo, la indiferencia, la desorientación y la orfandad histórica y social.

Los discursos que novelan y revelan la Historia de Chile no están allí tan solo para volver a presentar o para representar un mundo, para nombrar realidades, sino además para cuestionarlas y cuestionar sus propias aproximaciones. No se trata de repetir la operación de percepción de la Historia en un soporte de ficción. De modo que en su estudio se trataría de determinar como se construye percepción de la historia a través del espejo, de indagar en los procedimientos y modalidades de ficcionalización de la materia histórica, en sus fundamentos y en sus virtuales intencionalidades proyectivas de sentido. Por ahora sólo podemos señalar que esta dinámica refractaria, que resemantiza el pasado e impugna discursos, en la que se ve y dibuja la Historia en y a través del espejo, implica no sólo reflejo, sino también reflexión y apertura. Adentrarse en esos mundos es iniciar un movimiento de análisis y de redescubrimiento, es incursionar en aquel espacio abismal proyectado por un imaginario social y configurado por un imaginario de proyectos y proyecciones, de topos y de utopías.

#### Referencias bibliográficas.

Manuel Jofré, *La novela chilena: 1974-1984*, Santiago, Ceneca, 1985.

José Promis, *La novela chilena del último siglo*, Santiago, La Noria, 1993.

Rodrigo Cánovas, *Novela chilena, nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1997.

Carlos Olivárez (ed.) *Nueva narrativa chilena*, Santiago, Lom, 1997.

Julio Ortega, *Caja de herramientas. Prácticas culturales para el nuevo siglo chileno*, Santiago, Lom, 2000.

Karl Kohut, José Morales Saravia (eds.), *La literatura chilena hoy. La difícil transición*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2002.

Poitiers, enero 2003.

FERNANDO MORENO TURNER

Hasta 1973, profesor de Literatura General en la universidad de Chile de Valparaíso. Desde 1974 ejerce la docencia universitaria en Francia, donde realizó estudios de posgrado. Es doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de la Sorbona (1980) y doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Poitiers (1996). Ha publicado numerosos artículos sobre literatura chilena e hispanoamericana. Es autor, entre otros, de los libros Anatomía de la novela (en colaboración con René Jara), La mort d'Artemio Cruz. Entre le Mythe et l'Histoire y Diccionario del Canto General (en colaboración con Alain Sicard). Acaba de editar un volumen dedicado a la obra de Roberto Bolaño (Roberto Bolaño. Una lieteratura infinita, 2005). Actualmente es catedrático de Literatura Hispanoamericana en la universidad de Poitiers y Director del Centro de Estudios Latinoamericanos (CRLA-ARCHIVOS) de la misma universidad, donde ha organizado un importante número de Coloquios y Congresos internacionales.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 